

6o. — Mitología de grupos indígenas actuales de la Amazonía (Morui-Muinane).

Fernando Urbina

7o. — Excavaciones arqueológicas en Quincharna (San Agustín — Huila).

Annabella Durán de Gómez

Notas Bio—bibliográficas

Stella Balcázar de Jácome

Nos ocuparemos en estas notas breves, de escritores colombianos, que estudiaron nuestro pasado precolombino, especialmente en cuanto se refiere a la orfebrería.

LIBORIO ZERDA, fué uno de nuestros más connotados escritores. Nació en Bogotá, en Julio de 1834 y murió el 12 de Noviembre de 1.919. Médico, estudioso de las humanidades, las ciencias físicas, las matemáticas, la química, dedicó casi toda su vida al laboratorio. Trató temas de arqueología colombiana, de geografía, de antropología. Realizó, además, investigaciones sobre salud pública.

Escribió EL DORADO, estudio histórico, etnográfico y arqueológico de los chibchas. Afirma que el oro fue la fuente de la codicia de los conquistadores y de la sed de gloria de sus jefes. Los indios —dice— explotaron su pasión, llevándolos de un confín a otro, en busca del famoso Dorado. Describe los templos que tenían para sus dioses, llenos de ricos adornos y ofrendas de oro y lagunas, que fueron también adoratorios, como la de Guatavita, Suesca, Siecha, Ubaque, Chingasa, Teusacá, Churuquaco y Fúquene. La principal, la de Guatavita. Cita a don Juan de Castellanos, al referirse a la ceremonia de la ofrenda en esta laguna, realizada por "el hombre dorado", que se sumergía también en las aguas, así mismo menciona a los cronistas que confirmaron esta relación: Zamora, Fray Pedro Simón, Quesada, y Rodríguez Freile. Piedrahita afirma que representaban figuras humanas en oro que eran utilizadas como ofrenda y que el Zipa de Bogotá recogió sus tesoros, que eran cuantiosos, y los hizo transportar a un sitio ignorado.

Principalmente en la ciudad de Guatavita trabajaron el oro. Allí se hallaron restos de hornos o fraguas de fundición y de crisoles de arcilla refractaria con residuos de oro. Eran tan estimados los joyeros, que el Guatavita, viendo que

eran tan solicitados por los pueblos vecinos, dispuso que por un joyero solicitado, debían enviar dos vasallos, durante su ausencia. El Zipa se dedicó a pedir joyeros, enviando encanje, guerreros. Consiguió que el Cacique de Guasca le dejara pasar sus tropas. Desde dentro asaltaron el cercado del Cacique Guatavita y así fué sometido al dominio del Bacatá.

CHIRIJARA se titula otro artículo de Liborio Zerda, en el Papel Periódico Ilustrado. Este nombre surgió a propósito del encuentro de una guaca con muchas figuritas de oro, humanas y de animales, en el pueblo de Quetame, en un sitio llamado Chirijara, de la hacienda Susunuco, en 1882. Describe los pueblos feudatarios del Zipa de Bacatá. Estos pueblos realizaban una fiesta cuando el Zipa se posesionaba de sus dominios. Queriendo celebrarla como en tiempos anteriores a la conquista, los Ubaques solicitaron a la Real Audiencia de Santa fé permiso para realizarla, advirtiéndole que no debían temer, que no iban a disputar la posesión de las tierras, legadas por sus mayores y que les habían arrebatado por la fuerza. Verificaron la fiesta, tal vez la última. Fue presenciada por el Licenciado Melchor Pérez Arteaga, de la Real Audiencia y por otros funcionarios. Estos quedaron maravillados de los adornos y joyas de oro que llevaba la multitud en este gran desfile, después de haber pasado por la ruina impuesta por la Conquista. Adelante iban los sacerdotes o jeques, con joyas de oro emblemáticas. Representaban a Bochica, a la luna, al sol; otros iban cubiertos con pieles de oso, tigres y de otros animales y máscaras que imitaban ranas, loros, etc. " Era pues, —escribe Zerda— una mascarada astrológica, semejante a la que ejecutaban los galos para adorar al sol ".

En otro de sus escritos complementarios de El Dorado, se refiere a JOSE DOMINGO DUQUESNE, depositario de las tradiciones de los indios de Lenguaque y Gachancipá. Sus feligreses, como algo excepcional, le mostraron el sitio donde tenían todos los objetos que más estimaban, una cueva a la que llegó con los ojos vendados. Tenían allí mantas, cerámica, joyas y figuras de oro, piedras, armas y utensilios varios. La carta que don Manuel Vélez dirigió a Liborio Zerda desde París, con motivo de la publicación de El Dorado, confirma la posibilidad de la existencia de esta cueva.